

como Hespérides, tan pronto Afortunadas, atribuyéndoles tradiciones mitológicas, colocadas primero en Italia, después en Sicilia, por último en la Bética, y cada vez más lejos á medida que se descubrieron nuevos países. Algunas veces se aplicó este nombre á los oasis de Africa ó á las fértiles orillas de la Gran Sirte, ricas en manzanas de oro, es decir, el fruto del naranjo. Así es que Plinio dice con razon, que la fábula vagabunda trasladó este nombre á cien lugares diferentes. Otras mitologías colocaban también al Occidente un país de felicidad: era para los indios *Isapura* ó la *Sucta duipa*, isla Blanca de Poniente (18); para los persas la montaña *Asburi*, á cuyo pié se pone el sol; los pueblos germánicos cambiaron este nombre en el de *Ausburg* ó *Asgard*, que tal vez vinieron á buscar á Europa, y que concluyeron por trasportar al cielo no encontrándole en la tierra. El mismo Confucio coloca el paraíso á Occidente, como lo hicieron los griegos con respecto á su Eliseo.

Este no es tal vez más que un resto de los conocimientos primitivos que hubieran sobrevivido á un gran cataclismo, y que se encontraría en relacion con estas otras creencias que atribuían una sabiduría y una beatitud sobrehumanas á los hiperbóreos, es decir, á los septentrionales. Es cierto que á medida que nuevos países se descubrían á Occidente, era necesario que los europeos consideraran á mayor distancia estas islas oceánicas; lo que no obstante indica que tenían sobre ellas nociones positivas, es el proyecto de Sertorio que no pudiendo sostenerse en España contra el poder de Roma, pensó en trasladarse allí y hacerse independiente.

Entre tanto la Europa había cambiado de aspecto, y el sistema de las comunicaciones se había modificado. La gran emigracion de los bárbaros dió á conocer los nombres de los países de que procedían, pero no por relaciones detalladas ni por descripciones científicas. En Oriente, la religion predicada por Mahoma había dado impulso á los árabes, lanzándolos al mundo antiguo para derribarle. Pronto extendieron sus conquistas desde la Siria hasta el mar Caspio, desde el centro de Africa á la España por un lado y por el otro á la India. Dieron entonces un nuevo impulso al comercio, su primitiva ocupacion, que hacían por tierra poco experimentados como estaban en la navegacion, yendo desde el Egipto y de Berberia al centro del Africa, para comprar negros, marfil y polvos de oro; por la Persia, Kachemir y la India;

(18) La isla Blanca recibe en los mitos indios los epítetos de *grita*, resplandeciente; *tya*, espléndida; *canta*, brillante; *cirna*, deslumbradora; *schira*, láctea; *padma*, flor, etc. Cuando se reflexiona en la semejanza de estos nombres con los de las islas griegas de Candia, Teos, Sciros, Patmos, Cifnos, Creta, se encuentra uno inclinado á creer que colocaban en el Archipiélago y en el Mediterráneo los límites del Occidente.

por el Kashgar y la Tartaria á la China; en fin, por la Armenia y á lo largo de las playas occidentales del mar Caspio á Astracan y al país de los búlgaros y de los rusos; así permanecieron por espacio de varios siglos los únicos dueños del comercio en todo el mundo.

Además de estos viajes puramente comerciales, hacían otros los árabes en calidad de misioneros ó con el objeto de visitar á sus correligionarios. A mediados del siglo XI Julia el intérprete fué enviado por el califa Vatek en busca de las comarcas hiperbóreas, habitadas por los descendientes de Og y de Magog citados en el Coran. Después de haber recorrido la costa occidental del mar Caspio y de haberse internado bastante en direccion del Norte, se encaminó hácia el Oriente, luego hácia el Mediodía hasta llegar á Samarcanda, desde cuyo punto volvió á Bagdad de donde había partido. Desde el año 851 al 77, dos aventureros Wahab y Abusaid, recorrieron y describieron los países más apartados del Asia; llegados á la China, dieron noticias de aquel pueblo tan original en sus costumbres y en su civilizacion, y sabemos por ellos que un cadí musulmán residía en Can-fú; prueba de que eran frecuentes las relaciones entre los árabes y los chinos. La descripcion de las comarcas del centro del Asia que nos han dejado los musulmanes, es aun la más detallada de cuantas poseemos; á ellos se les debe también las primeras relaciones acerca de los rusos, y hay muchos motivos para creer que estaban en comunicacion con el Báltico y con la Escandinavia. En Africa penetraron por la costa meridional hasta el cabo de Bojador, y por el centro hasta el Nilo de los negros (*Niger*), donde fundaron colonias y reinos. No se aventuraron sino por casualidad en el Atlántico, como hoy día sucede á los Almugtarin.

En el año 921 el califa Mochtader envió á Asmed, hijo de Foz-lan, con una embajada al rey de los búlgaros, establecido en las orillas del Volga, para darle noticia de la religion musulmana. Otros viajeros se dirigieron hácia el Norte, y conservamos relaciones suyas desde el siglo VIII (19), aunque llenas de patrañas y de anacronismos. Algunos iban por el país de Samarcanda á Canfú y á la China y á ellos se deben las primeras noticias sobre el té, el aguardiente y la porcelana. Cuéntase que á principios del siglo XI ocho musulmanes de Lisboa, llamados Almagrurín ó errantes (20), habiéndose engolfado en alta mar, encontraron al cabo de ocho días unas islas á las que dieron el nombre de *Azores*, por las muchas aves de esta especie que allí había. Los califas, por su parte, hacían levantar los

(19) Véase á RASMUSSEN, *Mem. sobre las relaciones y el comercio de los árabes y de los persas en la Edad Media con la Rusia y con la Escandinavia*. Copenhague, 1804.

(20) De Guignes pretende que dicho nombre significa los *engañados*, con referencia al error que padecieron en su expedicion.

mapas de los países conquistados. En el año 833 comisionó Al Mamun á los dos hermanos Benishaker para que midiesen un grado de latitud en el desierto de Sanyan entre Racca y Palmira.

Nos quedan también los viajes de Massudi, de Al-Estakry y de Ebn-Haucal. Visitó el primero las orillas del mar Caspio, la isla de Madagascar, las provincias de España y los valles de Camboya en el Malabar; desembarcó en Ceilan, y vió en las arenosas llanuras del Segestan los primeros molinos de viento de que hace mencion la historia. Ebn-Haucal, de cuyo testimonio nos valem para las cosas de Sicilia, vió la India, pero sólo en sus costas, por estar prohibido á los musulmanes penetrar en lo interior de las comarcas del Ganges, antes de la conquista del Gaznevida, así es que tenían por incultos y desiertos aquellos países que ahora forman la principal riqueza de Inglaterra. Albyruny que penetró en ellos á la cabeza de un ejército, describe el receloso cuidado con que los indios ocultaban sus conocimientos en los recónditos valles de Kachemir y de Benarés, el alto aprecio que hacían de sí mismos, despreciando á los demás pueblos, y la desconfianza con que miraban á los extranjeros, á excepcion de los judios con quienes tenían relaciones de tráfico.

El principal testimonio que tenemos de sus conocimientos es el de Edrisi, que escribió, por orden de Roger de Sicilia, las *Peregrinaciones de un curioso que exploraba las maravillas del mundo*, en cuya obra explica las indicaciones de un globo de ochocientos marcos de plata que aquel rey había mandado hacer. En él expone Edrisi los conocimientos de sus compatriotas, agentes principales del comercio á la sazón, bajo un plan sistemático, nuevo y extraño. Consiste este plan en dividir el mundo en siete climas, desde el Ecuador al Septentrion, y cada clima en once partes iguales separadas por líneas perpendiculares, de donde resultan setenta y siete cuadrados semejantes á los que produce en nuestros mapas la interseccion de los meridianos con los paralelos. Dentro de estos cuadrados va describiendo, unos después de otros, todos los países comprendidos desde la costa occidental del Africa Media hasta el nordeste del Asia, distribucion que además de irracional es sumamente incómoda. Segun el parecer de este autor, solamente está habitada por la especie humana la parte septentrional del globo, pues la meridional, situada en la parte inferior de la órbita del sol, es inhabitable á causa de sus destemplados calores que hacen imposible la existencia de todo ser viviente. El Océano ciñe á la tierra con una faja circular no interrumpida, de modo que sólo una parte de ella queda descubierta, como si fuera un huevo sumergido hasta la mitad en un vaso de agua.

Ismael Abul-Feda, príncipe ayubita, que en 1342 comenzó á reinar en Hamath, comarca situada á lo largo del Oronte, escribió también el *Takwin-al boldam*, ó la verdadera situacion de los países,

es una geografía dividida en cuadros, segun los climas, longitudes y latitudes; aunque la obra no sea del todo satisfactoria, es sin embargo la mejor que había aparecido hasta entonces.

Entre los viajeros árabes el jeque Ibn Batuta, de Tanger, del que desgraciadamente no queda más que un extracto compendiado, merece particular mencion. Como visitase á Alejandria, el sábio iman Borhan Oddin, le dijo: «Puesto que tanto amas el viajar, deberias ir á saludar á mi hermano Faridd-Oddin, á la India; en el Sindaya, á mi hermano Oddin-Ibn-Zacaria; en China á mi hermano Borhan-Oddin.» Marcha pues (1324), con el objeto de conocer hasta qué punto se había extendido el islamismo, atraviesa el Egipto hasta los confines de la Nubia, venera en Gaza los sepulcros de los patriarcas, visita los baños de Tiberiade, las fortalezas de los asesinos ismaelitas, los ermitaños del Líbano, las magnificencias de Balbek, de Damasco y de Basora; recorre el Irak, el país de los kurdos, visita los santuarios de Medina y de la Meca, desde donde pasa por el Yemen á Aden y desde allí á la Abisinia, el Zanguebar, á Ormuz y á Fars; vuelve á la Meca, después al Cairo, Jerusalem, la Natolia, Erzerum, obsequiado siempre por la hospitalidad de los turcomanos. Llega luego al mar Negro y se adelanta por entre los tártaros hasta el Volga, desde donde vuelve á Constantinopla. Desde aquí vuelve por Astracan; llega después á Carisn y á Bokara, asolada recientemente por Gengiskan; á Samarcanda, á Balkh, destruida también por el conquistador, como también Kandahar y Cabul; después se embarca en el Indo, para Lahore, desde donde llega á Maultan, capital del Sindaya.

De aquí fué á Delhi que era la mayor ciudad del islamismo en Oriente pero que á la sazón se encontraba despoblada por la crueldad del turco Mohamed, que sin embargo gratificó con regalos al viajero y le dió el empleo de cadí. Habiéndose hecho sospechoso al sultan, pudo librarse del riesgo que corría á fuerza de oraciones, con cuyo motivo renunció á todo y se hizo fakir; mas vuelto á la gracia del sultan, le mandó éste con una embajada al emperador de la China, que había solicitado la facultad de construir templos á sus ídolos en el territorio sometido á los musulmanes. Ibn Batuta fué encargado de intimarle la negativa, y corrió terribles aventuras; vió la India, el Malabar, Calicut, desde donde se embarcó para la China, en los enormes juncos de aquel imperio; pero un huracan destruyó los regalos que llevaba al hijo del cielo. No atreviéndose entonces á volver á presencia del soberano de Delhi, se encaminó hácia las Maldivias, donde obtuvo grandes honores: habiéndose después dado á la vela hácia Coromandel, la tempestad le impulsó á Ceilan donde veneró las huellas de Adán y Eva; porque el principal objeto del devoto musulmán era visitar todos los lugares afamados por tradiciones sagradas, todos los santuarios y sepulcros de los

santos imanes. Nuevos desastres le acaecieron en su tránsito á Coromandel y á Calicut; pasó desde allí á Bengala, el más fértil país que había visto. Llegó á Sumatra, después á la China, cuya civilización le admiró, y donde encontró en cada ciudad mercaderes musulmanes con juez y jeque, y hasta mezcuitas en algunas de ellas.

Por lo demás, multitud de milagros acontecieron en aquel devoto viaje. Ibn Batuta vió en el golfo Pérsico una cabeza de pescado que se asemejaba á una colina, cuyos ojos eran como puertas; y en efecto se entraba por uno y se salía por otro. En los países de las Cinco-Montañas, toda una ciudad pasó delante de él, y por los techos salía un humo que dejaba un gran rastro, como en el día en nuestros caminos de hierro. Hacia la China, encuentra á los *Joghis*, que viven sin comer y matan á los hombres con una sola mirada. En China oye hablar de la gran muralla Og y Magog. De vuelta por Calicut, Ormuz, la Persia y la Siria, cumplió su tercera peregrinación á la Meca, y restituyése de allí á su patria. Pero incapaz de sufrir el reposo, marchó para España, pasó luego á Marruecos y á las comarcas del Níger al través del gran desierto (21), visitó á Tumbuctú, y concluyó fijando su residencia en Fez.

(21) El Diario de Asia, correspondiente al mes de marzo de 1843, tradujo el viaje de Ibn Batuta al país de los negros, en el que se presenta el viajero como un observador exacto de las costumbres de aquel pueblo. En prueba de ello tomamos del Diario los dos capítulos siguientes:

De lo bueno que encontré en la conducta de los negros.

Son entre ellos muy raros los actos de injusticia: es acaso el pueblo menos inclinado á cometer estos actos, y además el sultan no perdona al que los comete. Así es que por todo este país se goza de una seguridad completa, y se puede vivir y viajar en él sin temor de ser robado ni asaltado. Cuando algún blanco muere en esta tierra, no se echa el fisco sobre sus bienes, aun cuando sean de un valor inmenso, sino que se confían á tutores elegidos de entre los blancos, en cuyo poder están hasta que sean reclamados por sus herederos legítimos.—Hacen sus oraciones con toda regularidad, y son muy exactos en ir á la mezquita; si sus hijos se muestran indóciles para orar, les obligan á ello por medio de mortificaciones. Si no se va con tiempo á la mezquita, en el viernes, no se encuentra sitio en que colocarse, tan grande es la muchedumbre que acude: es preciso mandar con anticipación un criado, que extienda un tapete en el puesto que á cada cual le corresponde. Estos tapetes se fabrican con las hojas de un árbol semejante á la palma, pero que no produce fruto. En este día se visten los negros con trajes blancos, y el que no los tiene procura al menos lavar su camisa para tenerla limpia y asistir á la plegaria pública. Son muy aplicados para aprender el Corán de memoria, y si sus hijos descuidan esta obligación, los aprisionan con cadenas hasta tanto que cumplen con ella. Habiendo yo ido á visitar al cadí en un día de fiesta, encontré á todos sus hijos amarrados con cadenas, y suplicándole que los dejara libres me contestó:

Benjamin de Tudela, judío de Navarra, dió también una relación de las maravillas del mediodía de la Europa, de la Palestina, de la India, de la Etiopía, del Egipto, que visitó á la manera de Ibn Batuta, buscando las huellas de la religión mosaica. Pero se conoce por numerosas razones, que lejos de haber visto todos los países que describe, se limita comunmente á reproducir con credulidad lo que le ha sido referido.

Los escandinavos, que poco conocidos de los antiguos, adelantaron á los modernos en los descubrimientos occidentales, fueron más atrevidos en sus correrías. Ya hemos dado cuenta en otra parte de las relaciones de los dos viajeros Other, noruego, y Wulstan, que llegaron en sus incursiones por el Norte, hasta el mar Blanco, más allá del Báltico y de la Estlandia, ó Rusia moderna (22). En 861, los normandos encontraron por casualidad las islas Feroe; y otros que después se dirigieron allí fueron arrojados por una tempestad á la costa oriental de la Islandia, cráter volcánico que los geógrafos modernos colocan en América. Era desde el siglo VII frecuentada por los corsarios; los normandos, aprendiendo entonces á conocerla mejor, se establecieron allí, y la convirtieron en asilo de la civilización escandinava, que perecía en Europa. Pronto conquistaron las Hebridas que llamaron islas Meridionales (*Suder-eyer*), con las de Man, y las reunieron en un reino bajo un solo obispo. Ocuparon después las islas de Shetland, que dependían de las Orcades, y arrojaron de ellas á los petas ó papas.

Desde la Islandia se adelantaron hacia el Occidente, donde Gund Biorn descubrió un vasto país

No lo haré hasta que aprendan el Corán. Otro día pasaba junto á un hermoso niño elegantemente vestido que llevaba á los pies unos pesados grillos, y habiendo preguntado al que le acompañaba si por ventura se le imponía aquel castigo por haber cometido algún asesinato, oyó el rapaz y se puso á reír, entonces me dijo su conductor que debía permanecer en aquel estado hasta que aprendiese el Corán.

De lo malo que encontré entre los negros.

Sus esclavos, hombres y mujeres, y también las niñas, se presentan en público completamente desnudos; no obstante, vi pocos en este estado hasta el mes de Ramadan. Como es costumbre que los emires interrumpen el ayuno del sultan, cada uno de ellos se hace llevar viandas por una veintena á lo menos de jóvenes esclavas, completamente desnudas. Estas se descubren el cuerpo y la cara para presentarse al sultan, y lo mismo hacen sus hijas. La víspera del día 27 del mes de Ramadan, vi salir del palacio á cien muchachas desnudas, que llevaban viandas, é iban acompañadas por las hijas del sultan, jóvenes ya formadas, que igualmente llevaban descubierto el cuerpo y el pecho. Para manifestar respeto se echan los negros polvo y ceniza sobre la cabeza. Recitan poesías de una manera ridícula, y muchos de ellos comen asnos, perros y otras inmundicias (Véase la nota A al fin del presente libro).

(22) Véase t. IV, pág. 514.

al cual se trasladó después Erico Rauda (ó Roeda), noble noruego, desterrado por asesino, que encontró en él enormes hielos flotantes. Se dió á este país el nombre de Groenlandia, por su aspecto herbáceo, y fué desde luego poblado. Pero habiendo quedado desierto en el siglo XIV por la peste negra, los hielos impidieron nuevas comunicaciones con las costas hasta 1721, en cuya época se fundó allí una nueva colonia.

Se pretende que los normandos continuaron desde allí sus correrías, y que Biorn, yendo á visitar á su padre á Groenlandia, fué arrojado por la tempestad al Sudoeste, donde reconoció á una gran distancia una llanura cubierta de bosque. Leif, hijo de Erico Rauda, habiendo ido á explorar aquella tierra, tocó primero en una isla llena de rocas que llamó Elleland; después llegó á otro país muy arbolado, al cual dió el nombre de Markland. Prosiguiendo su camino, llegó á un río de riberas sombreado por árboles frutales, de delicioso clima, fértiles alrededores, donde la pesca del salmón era muy abundante. Remontó su curso hasta el lago que es su origen, y pasó el invierno con sus compañeros. Allí adquirieron la certeza que en el día más corto el sol permanecía ocho horas en el horizonte, lo que indica que se encontraban en el 49° paralelo (23). Algunos racimos de uvas silvestres que se presentaron á su vista, les hicieron designar el país con el nombre de Vinland, y llamaron á los naturales krelings ó pigmeos, por su pequeña estatura. Después de haber muerto á algunos, se vieron asaltados por toda la tribu, con la cual entablaron después relaciones amistosas, comprándoles pieles, lo cual hizo prosperar la colonia. Erico, obispo de Groenlandia, introdujo allí el cristianismo.

Las relaciones de estos viajes ofrecen un aspecto de verdad tal, que no se pueden refutar razonablemente; y resultaría que el Vinland de que aquí se habla debía estar situado en Terranova ó en el continente americano.

Los dos hermanos Zeno, nobles venecianos al servicio de un príncipe de las islas Feroe, visitaron

(23) Así lo dice el *Heimskringla* de Snorr Sturlesson.—Aquel país por consiguiente debía corresponder á Gaspé en la orilla meridional del río San Lorenzo. Los misioneros cristianos llegados allí en el siglo XVI, encontraron que se veneraba á una cruz, y que se conservaba entre los naturales el recuerdo de un buen hombre que con la señal de aquella cruz había curado á sus padres de la peste. Puede consultarse una memoria del señor Rafn de Copenhague, inserta en el *Niles Register* del mes de noviembre de 1828 sobre los viajes emprendidos por los europeos á la América del Norte antes del descubrimiento de Colon. En 1824 se encontró en la costa occidental de la Groenlandia á los 73° de latitud Norte una inscripción que se creyó rúnica, y que fué interpretada así: *Erling Sigvalson, Biorne Hordeson la Euside Addon, levantaron este montón de piedras, y limpiaron este sitio el sábado antes de gagnay* (25 de abril) 1135.

todas las tierras descubiertas por los escandinavos, y trazaron un mapa de ellas. Véase allí á la Islandia, y al Mediodía de aquella tierra una isla de gran estension rodeada de otras varias más pequeñas con el nombre de Frisland, es decir, islas Feroe. Al Norte la península de Groenlandia, en la cual Nicolás Zeno encontró un convento de dominicos, calentado por las aguas de un manantial hirviendo, gracias al cual el jardín de los religiosos reverdecía entre los hielos. Iban de Suecia, Noruega é Islandia á traficar con aquellos frailes, que daban pescado y pieles en cambio de grano, telas de lana, leña y toda clase de utensilios que les traían. Tal vez estos detalles y otros más son adornos añadidos por algún editor más moderno para embellecer la obra; pero es cierto que el lugar indicado en el mapa no corresponde á la colonia de Groenlandia.

Lo singular es que los hermanos Zeno colocaron á más de mil millas al oeste de esta Frisland y al mediodía de Groenlandia dos costas llamadas Estotiland y Droceo. Ahora bien, se cuenta que un barco pescador de las islas Feroe, impulsado hacia el Oeste, y arrojado después de un largo camino á una isla llamada Estotiland, encontró en ella una ciudad, un rey, una biblioteca y un intérprete que sabía el latín, lo cual permitió á los escandinavos aprender la lengua del país. Los habitantes de aquella isla, menos grande que la Islandia, pero más fértil, hacían con la Groenlandia el tráfico de pez, de pieles y de azufre. Como no se conocía allí el uso de la brújula, los naufragos, que sabían servirse de ella, fueron encargados por el rey de dirigir una expedición á un país situado al Mediodía y llamado Droceo. Allí fueron asaltados y muertos todos por caníbales, excepto uno solo que se libertó por su maravillosa destreza en pescar. De esta manera pudo reconocer el país, y lo encontró tan grande como un nuevo mundo. Los habitantes andaban desnudos y comían á sus prisioneros; pero al Sudoeste se encontraban otros más civilizados, que conocían el uso de los metales preciosos, y poseían ciudades y templos, donde ofrecían víctimas humanas. Tal fué la relación del pescador cuando volvió á su isla natal. El príncipe que reinaba en ella trató de explorar los indicados países; pero las tempestades le hicieron renunciar á aquella expedición; se ignora si se renovó.

¿Es sincera esta narración? Se inclina uno á creerlo, á pesar de las fábulas con que se halla mezclada; prueba al menos, que los septentrionales no cesaban de dirigir sus miradas y su navegación hacia el Noroeste. Suponiéndola cierta, Estotiland (*East-out-Land*), correspondería á Terranova, Droceo á la Nueva Escocia y á la Nueva Inglaterra, así como el pueblo más civilizado de que se hace mención, no podía ser otro que Méjico ó la Florida.

Aquellos descubrimientos que en estos últimos años han ocupado la laboriosa paciencia de los

anticuarios del Norte (24), hubieran adelantado algunos siglos el reconocimiento de la América. Sea como quiera, permanecieron ignorados de los demás europeos en la Edad Media. Las calamidades de la invasión, las guerras nacionales y finalmente la división feudal, entorpecieron las comu-

(24) La sociedad de los anticuarios del Norte, establecida en Copenhague, se ha ocupado principalmente en reivindicar para los normandos el descubrimiento de la América septentrional, y demostrar que Colon no se decidió a su viaje sino después de haber visitado la Islandia en 1477, y haber oído hablar allí de los descubrimientos de los escandinavos. El tomo que han publicado bajo el título de *Antiquitates americanae, sive scriptores septentrionales rerum ante columbianarum in América* (XL, y 486 páginas en 4.º con 8 facsimile, 4 cartas y otros seis grabados) contiene principalmente los capítulos siguientes.

I. Relaciones sobre el país llamado Vinland, escritas en el siglo XI por Adán de Brema, que las sabía por boca de Swen Estridson, rey de Dinamarca, y otros daneses, impresas más correctamente que en las ediciones anteriores, según un manuscrito de la Biblioteca imperial de Viena.

II. Relación de Vinland, por Arc Frode, en el mismo siglo ó en el siguiente.

III. Relación del mismo, acerca de Arc Marson, famoso jefe de Islandia, y pariente suyo, que hacia 983 fué impelido hacia las costas de un país de América, cerca de Vinland, llamado Hvitrannaland ó Grande Islanda: los habitantes de aquel país, de origen islandés, le cobraron mucho afecto, y no le permitieron que volviese á salir de él.

IV. Escritos antiguos sobre Biörn Asbrandson, que en 999 tocó en el litoral americano, en donde retenido también por los indígenas, se hizo jefe del país, y vivió en él cerca de treinta años.

V. Documentos sobre Gudleif Gudlogson, navegante islandés, que en 1027 fué arrojado á la misma costa, y salvado por su compatriota Biörn Asbrandson.

VI. Diversos pasajes concernientes á la América en los anales de Islandia de la Edad Media, como asimismo detalles escritos por contemporáneos sobre el viaje del obispo Erik al Vinland, en 1121; sobre el descubrimiento de otros países en el Océano occidental, hecho por los islandeses en 1285; sobre los viajes de comercio emprendidos por la antigua colonia del Groenland al país de Markland, en América, en 1347.

VII. Datos antiguos sobre los países septentrionales de la Groenlandia y de la América, visitados principalmente por los habitantes del Norte, con objeto de la pesca y de la caza; entre ellos una curiosa descripción de un viaje de descubrimientos hechos por algunos sacerdotes del obispado de Gardar en la Groenlandia en 1266, por medio de los estrechos de Lancaster y de Barrow, hasta los países que sólo han sido conocidos estos últimos años. Una observación astronómica hecha por estos antiguos viajeros da á conocer el derrotero que siguieron.

VIII. Extractos de antiguos tratados geográficos islandeses, con un bosquejo que representa la tierra dividida en cuatro partes habitadas.

IX. El antiguo poema de las islas Feroe, en donde se hace mención del Vinland.

Las diferentes obras publicadas sobre esta materia, han sido compendiadas por Carlos Cristian Rafn, secretario de esta sociedad, en una memoria que se insertó en la colección de sus actas (Véase la nota B al fin del libro).

nificaciones de pueblo á pueblo: los corsarios no se proponían más que el saqueo: los misioneros á penetrar muy adelante, para conquistar á la civilización pueblos desconocidos, tenían fines ó objetos más sublimes que la ciencia: sin embargo, dieron algunas veces noticias de que el rey Alfredo debía haber sacado partido, sobre todo describiendo el país de los esclavos (25). El Báltico era tan poco conocido en el siglo XI, que Adam de Brema dudaba que se pudiese pasar por mar á Rusia, y contaba entre las islas á la Curlandia y la Estonia. Pero algunos navegantes bremeses arrojados por las tempestades sobre las costas de la Livonia, dieron á conocer enteramente aquel mar; en tanto que otros, siguiendo las huellas de los permios y varegos, llegaban hasta la Tartaria.

Habíanse formado itinerarios para comodidad del gran número de cristianos que la devoción atraía á Jerusalén, y por su medio se reproducían las noticias recogidas sobre la India y el Egipto. El más antiguo de estos itinerarios se atribuye á Adaman, abad de Yona, que se le oyó referir á San Arculfo. Villibaldo, primer obispo de Eichstätt, describió la peregrinación que él mismo había hecho á Palestina, atravesando la Italia y pasando por Chipre. Dos siglos después, Adam de Brema dió una narración más clara, en la cual principia por describir lo interior de la Suecia y de la Rusia. Pero un viaje que no se embelleciera con relaciones maravillosas, hubiera parecido demasiado trivial: en su consecuencia, ó se inventaban ó se adoptaban sin crítica ni medida. Dicuil, mongé irlandés, escribió en 825 un compendio titulado *De mensura orbis terrae*, compuesto de extractos de los geógrafos antiguos, de algunas observaciones propias, y sobre todo de las noticias de los viajeros modernos, especialmente de uno llamado Fidel que había estado en Egipto. Los conocimientos y las fábulas se aumentaron con las cruzadas, durante las cuales, á la experiencia diaria se agregó el testimonio de los árabes, que habían visitado países inaccesibles hasta entonces á los europeos.

En el curso de nuestro relato hemos hecho mención de otros viajeros, pertenecientes en su mayor parte á la Italia. Tales fueron los religiosos que en diferentes períodos enviaron los papas á los kanes tártaros, á saber: Asselin, Juan de Carpi y Rubruquis (26). Hay mucha inexactitud en lo que ha escrito el bienaventurado Oderico de Pordenone. Mas cuando llega á Malabar, señala allí la pimienta, describe las supersticiones indianas, la veneración de los habitantes á los bueyes, el sacrificio de las viudas en la hoguera, la abstinencia del vino que se imponen los hombres, las ceremonias pomposas y sanguinarias de Jagrenat, en que quinientas personas se inmolan voluntaria-

(25) Véase, tom. IV, pág. 531.

(26) Véase el Libro XII, cap. XVII.

mente en cada año. Así como Rubruquis no omitía indicar que la escritura china comprende en una sola figura muchas letras que forman una palabra, Oderico señala los dos caracteres de la belleza china, dedos largos y doblados, y piés cortos y estrechos. En el Tibet, es el primero que ha hablado del gran lama, papa de los orientales.

Ya en 1288 Juan de Monte Corvino, enviado á aquellas regiones por Nicolás IV para ejercer allí el apostolado, había penetrado hasta Pekin. Después de haber visitado en Persia la corte de Argun, pasó á la India y bautizó algunos neófitos: entró luego en el Catay, es decir, la China septentrional, y presentó al gran kan cartas del papa que le invitaba á hacerse cristiano. Aun cuando el resultado no correspondió á sus esperanzas, no por eso dejó de continuar su predicación durante once años; después le llegó un coadjutor en la persona de Arnaldo de Colonia, fraile franciscano; catequizando entonces con él y comprando niños, se dedicó á aumentar el rebaño de Jesucristo y á convertir nestorianos. Tradujo en idioma mongol los Salmos y el Nuevo Testamento, y fundó dos iglesias en las cercanías de la corte, como también una capilla junto á la misma cámara del gran kan. Ricoldo de Montecroce, fraile predicador florentino, recorrió el Asia para convertir á la fe á los sarracenos, y describió sus costumbres y sus sectas. Murió en el convento de Santa Maria la Nueva en 1309 (27).

El veneciano Nicolás Conti fué en 1446 á pedir la absolución al papa Eugenio IV por haber renegado de la fe, y el papa se la concedió con condición de que remitiese al célebre Poggio una relación exacta de su viaje. Nos refiere que habiendo salido de Damasco atravesó el desierto de Bagdad, se embarcó en el Eufrates para Ormuz, desde donde llegó á Cambaya, observándolo todo con la más escrupulosa atención. En 1444 regresó á su patria, que había abandonado en 1419, y conservó relaciones con la Persia; pero únicamente por asuntos comerciales (28). El genovés Gerónimo de San Estéban se encaminó también hacia las Indias, á fines de aquel siglo, por especulaciones mercantiles. Pasó por el Cairo, y atravesando el mar Rojo, visitó á Calicut, Ceilan, Coromandel, y llegó al Pegú, donde vendió con pérdida sus mercancías al rey.

Si hemos de creer á Bocaccio (29) el célebre astrólogo genovés Andalon de Nero, recorrió casi todo el mundo; pero nada más sabemos de él. Juan Colonna, según dice el Petrarca (30), obligado á espatriarse á consecuencia de sus disensiones con Bonifacio VIII, viajó igualmente por países muy remotos. «Después de haber atravesado, le dice,

los confines de nuestra zona habitable y el Océano, hubieras llegado á los antipodas: seguramente la gota no te ha sorprendido en Persia, ni en la Arabia, ni en Egipto, á donde has ido por recrearte, como si fueses á una de tus casas de campo.»

El más ilustre de estos viajeros fué Marco Polo, verdadero creador de la geografía moderna del Asia. Ya hemos hablado en otro lugar de este buen observador (31), que jamás miente, aunque se engaña algunas veces, y que refiere sin entenderlos, como ha sucedido á Herodoto, ciertos hechos que el porvenir se ha encargado de explicar. Penetró en lo interior de la China, conoció el Japon, y nadie tuvo más facilidad que él para examinar aquellos países misteriosos. Sus contemporáneos debieron escuchar, poseídos del mayor asombro, lo que contaba de aquella extraña corte de Cubilay-Kan, y de la extravagante civilización de aquellos países desconocidos, de donde venían las pedrerías, la porcelana, las especias, y de aquellos pueblos á cuyo nombre temblaba el mundo. Así es que sus descripciones abrieron campo á nuevas creaciones de la imaginación por la mezcla de las ideas asiáticas con las nuestras, á la manera que las plantas de la Nueva Holanda vinieron después á sembrar nuestros jardines, y prestaron un poderoso estímulo para los descubrimientos del siglo XV.

En 1374 Luchin Tarigo partió de Caffa en una fusta armada, en compañía de otros pobres y desesperados aventureros genoveses. Cuando llegaron al Tanais, le subieron hasta un punto que no dista más que sesenta werstas del Volga. Arrastrando entonces su fusta por todo aquel espacio, se embarcaron en el otro río, y arribaron al mar Caspio, en donde se enriquecieron ejerciendo el oficio de corsarios, y después volvieron por tierra á su país (32).

En 1483 Bertrand de la Brocquiere, después de atravesar toda el Asia occidental y la Europa oriental, se presentó al duque de Borgoña vestido á la usanza de los levantinos, con su caballo, compañero de fatigas en su escursión poética.

El inglés Juan Mandeville cuenta que estuvo treinta y cuatro años al servicio del soldan de Egipto, recorriendo varios países, y que después sirvió al gran kan de Catay; sin embargo es lo más probable que no pasara de la Palestina. Su narración es un tejido de patrañas; entre otras cosas dice que vió un mar de arena, en el que desembocaba un río de peñascos; habla de tierras de pigmeos y de islas de gigantes; asegura que los diamantes bañados con el rocío crecen hasta un tamaño indefinido; en suma, mezcla y exagera en la relación de sus viajes todos los cuentos de los viajeros precedentes. A pesar de esto se escribió

(27) P. P. QUETIF Y ECHARD, *Scriptores*, etc.

(28) POGGIO, *De varietate fortuna*.

(29) *Genealogia de los dioses*, libro XV.

(30) *Epistolae familiares*, lib. VI, 3.

HIST. UNIV.

(31) Véase el libro XII, cap. XIV.

(32) GRABERG.—*Anales de Geografía y Estadística*, enero, 1803.

un pomposo elogio sobre su sepulcro, y se guardaron cuidadosamente los estribos y espuelas que le habían servido en el supuesto viaje. Sólo hay digno de notar en él la proposición que sienta de que toda la tierra es habitable y habitada, y que puede dársele la vuelta (33).

Muy diferente de éste es Ruy Gonzalez de Clavijo, que enviado por el rey Enrique de Castilla, como embajador cerca de Tamerlan, escribió su viaje hasta Samarcanda. Señala entre otras cosas, el sistema de postas y los caravan-serrallos ó posadas establecidas á una jornada unas de otras, capaces de contener de ciento á doscientos caballos. Los correos de Tamerlan mudaban en ellas los caballos, y podían requisar los de cualquier individuo que encontrasen en el camino, sin cuidarse de más que de acelerar su carrera por todos los medios, incluso el de la fuerza (34). También el soldado alemán Schiltberger, que quedó prisionero de los turcos cuando derrotaron el ejército de Segismundo de Hungría, siguió á Asia á las tropas de Bayaceto, y luego á las de Tamerlan, vió con el príncipe Zegra la Gran Tartaria hasta los confines de la Siberia, y durante los treinta años que duró su destierro, recogió datos sobre las costumbres y hazañas de aquellos pueblos (35).

El gran historiador persa Mirkhond nos ha dejado la relación de una embajada enviada á China por Mirza Schah-Rok, rey de Persia, que encargó á las personas nombradas al efecto, que describiesen y dibujasen todo lo que les pareciese más notable. Aunque su narración correspondiese imperfectamente á sus miras, se encuentra en ella, como en un resumen, todo cuanto se sabía entonces acerca de la China. Los enviados persas entraron en ella por la llanura de Bukaria y el desierto de Cobi. Al aproximarse á Socheu, primera población del imperio, las gentes del país les salieron al encuentro, levantaron en el desierto tiendas y cabañas, y les sirvieron pollos y frutas en vajillas de porcelana. Así fueron constantemente tratados, y aun con magnificencia á pesar de ser en número de ochocientos sesenta, y no pudieron menos de sorprenderse al observar la civilización de aquel imperio, y la cultura, la industria y el orden que allí reinaban; pero les disgustó mucho el ver andar los cerdos por las calles y vender su carne en las carnicerías. Cambalú (Pekin) escedió á la idea que de él tenían formada, por la magnificencia de sus edificios, su población inmensa, la habilidad de los músicos, la abundancia del oro y la destreza singular de los juglares. Ni ellos ni

(33) *That men may envirove alle the erthe of alle the world, as wel undre as aboven, und turnen agen to his contree, that hadde companye and schippung and conduit, and alle weyes he scholde synde men, landes, and yles als wel as in this contree.*

(34) Véase la nota C al fin del presente libro.

(35) Véase t. VI pág. 242.

Marco Polo hacen mención de la gran muralla de la China.

Los venecianos hicieron otros viajes al Asia, para anudar sus relaciones diplomáticas: Josafat Bárbaro, enviado á Persia, se dirigió allí por tierra, atravesando la Pequeña Armenia, espuesto á los ataques de las cuadrillas de salteadores, que mataron á sus compañeros y le hirieron á él también. Consiguó, por último, venciendo mil obstáculos, llegar á Tauris, y allí recibió la mejor acogida de Hussum-Cassan. Cuando aquel príncipe dejó de existir, el anciano Bárbaro volvió por Alepo con las caravanas, y escribió su relación como hombre entendido y de buen criterio.

Al mismo tiempo llegaban á Persia otros dos embajadores: Leopoldo Betton, por Trebizonda, y Ambrosio Contarini por el Norte. Este último escribió su viaje por la Polonia, Caffa, la Cólquide, el Faso, la Georgia y la Mingrelia, y finalmente la Armenia. Habiendo encontrado al sofí de Persia en Ispahan, permaneció allí todo el invierno, ocupado en recoger los mejores datos acerca del país, y los traía á su patria por el mismo camino, cuando los turcos, que se habían apoderado de Caffa, le obligaron á atravesar la Moscovia. Partió, pues, de Derbend en la orilla del mar Caspio, llegó á Astracan, y atravesando un país inculto y miserable entró en Moscovia: el gran príncipe de aquella ciudad le facilitó dinero por cuenta de su patria, á la que regresó en 1476.

Se ha tratado de asegurar últimamente, que un tal Cousin, de Dieppe, país célebre por sus navegantes en los siglos XIV y XV, estimulado por las conjeturas de su compatriota Dechaliers, á quien los normandos miran como el fundador de la ciencia hidrográfica, había emprendido un largo viaje y descubierto en 1488 la embocadura del río de las Amazonas, de donde regresó al año siguiente tocando en el Africa (36); pero esto no es más que una suposición que no se apoya en fundamento alguno.

Mapas.—Las primeras cartas geográficas se atribuyeron en Grecia á Anaximandro, discípulo de Tales. Se pretende que desde los tiempos de Herodoto, diseñó Demócrito la figura de la tierra; otro tanto se dice de Eudoxio que acompañó á Platon en sus viajes. Ya era común por entonces el uso de los mapas: Sócrates enseñaba uno á Alcibiades para quitarle la vanidad que fundaba en la extensión de sus tierras (37); los ciudadanos de Atenas se complacían en trazar los contornos de las provincias de Cartago y de Sicilia, que pensaban conquistar por consejo y bajó la dirección de Alcibiades (38). Aristófanes describió una de ellas (39); Alejandro

(36) *Diario asiático*, t. IX, pág. 324.

(37) ELIANO.

(38) PLUTARCO, en *Alcib.*

(39) Véase por el siguiente diálogo los detalles de esta descripción:

llevó consigo á Beton y á Diognetes, para que levantasen los planos y midieran las distancias de los países que conquistaba. Eratóstenes de la escuela griega de Alejandria aplicó á los mapas la graduación gnómica, pero con la proyección plana, á cuyo método substituyó Hiparco el de los meridianos convergentes. Es muy probable que las cartas que acompañan al texto de Tolomeo fuesen modificadas en cada edición, según la interpretación dada al autor ó según los nuevos conocimientos que se tenía costumbre de añadirles.

No parece que los romanos hicieran progresos en este arte; y el único monumento que nos queda de ellos, es la tabla de Peutinger, de dibujo muy basto é incorrecto, y trazada únicamente con intención de marcar en ella los itinerarios, de modo que la tierra está comprendida en un mapa de un pie de latitud y veinte y dos de longitud (40).

La cartografía no cesó con la civilización grecoromana, porque al viaje de Cosmas Indicopleustes, acompaña un mapa mundi. Carlomagno legó á sus hijos una tabla de plata con triple planisferio en relieve (*signis eminentioribus*), Teodolfo de Orleans aprendía la geografía en una carta iluminada (*in tabula picta ediscere mundos*).

La biblioteca de Turin posee un mapa-mundi, unido á un comentario del Apocalipsis de 787, en que la tierra se halla representada en figura plana, rodeada de líneas circulares, y dividida en tres partes desiguales: después, más allá del Africa, hay una cuarta división del mundo, morada inaccesible de los antípodas: en el centro exactamente de la carta se encuentra el monte Carmelo y la Judea. Esta indicación y otras colocaciones sistemáticas, echaron á perder las cartas de la Edad Media, en las que se marcaban tierras que jamás habían sido visitadas, pero sobre las cuales circulaban vagos rumores. Jamás se encuentran indicados en ellas los descubrimientos hechos por los escandinavos en el Noroeste, al paso que se ven otros hechos en el Sudoeste, como las Canarias, Madera y las Azores, mucho antes de la época se-

Filósofo. Esta carta sirve para medir la tierra, *Sterpsiade.* ¿Cuál? ¿La tierra que ha de repartirse después de la victoria?

Fil. No; la tierra universal. ¿Ves? este es el contorno de toda la tierra. Aquí está Atenas.

Ster. ¿Cómo? Yo no puedo creerlo, pues no veo á los jueces que se asientan en sus tribunales.

Fil. Este es sin embargo todo el territorio de la Atica.

Ster. ¿Y dónde están los cicinianos, mis compatriotas?

Fil. Hélos aquí; y en este punto está la Eubea; ya ves que es una isla muy extensa.

Ster. Ah sí; tú y Pericles á fuerza de impuestos la habéis hecho más grande en producciones. ¿Y Lacedemonia dónde está?

Fil. Mírala allí.

Ster. ¡Diantrel! Y bien cerca de nosotros. Es preciso alejarla.

(40) Véase el tomo III, pág. 591.

ñalada á su descubrimiento. ¿La casualidad haría adivinar su existencia, ó algún intrépido navegante había anteriormente estendido hasta allí su viaje?

Las cartas de los árabes son malísimas: las de Europa fueron mejorándose, como se observa en el planisferio dedicado á Enrique V por el canónigo Enrique de Maguncia, que observa en el día la Academia imperial de San Petersburgo; en algunas otras cartas que poseen las bibliotecas de Francia y de Inglaterra, en las de la Laurencia de Florencia, agregadas á la *Flos historiarum terra orientalis*; en las del genovés Pedro Visconti en Viena, hechas en 1318; en las de Marin Sanuto, en 1321 (biblioteca del Vaticano), y de Ambrosio Lorenzetti, en Siena (41). Pasamos en silencio las demás, y únicamente citaremos el célebre planisferio de fray Mauro concluido en 1460, que enriquece el palacio ducal de Venecia. En este planisferio se marca la situación respectiva de Cabo Verde, Cabo Rojo, Golfo de Guinea, y están indicados con toda exactitud los viajes de Marco Polo y de otros viajeros que no escribieron los suyos, ó cuyas descripciones no han llegado hasta nosotros. El artista conoce otros países, como por ejemplo, *Dafur* que es el Darfur, que después ha permanecido ignorado, hasta que en nuestros días ha vuelto á descubrirlo Bruce; indica además todo cuanto sabían los árabes, y acorta la distancia entre la costa oriental y occidental del Africa, hasta darle casi una figura triangular (42).

También se conserva en Venecia en la biblioteca Marciana, la carta formada en 1436 por Andrés Bianco, en que el antiguo mundo aparece como un vasto continente, que el Mediterráneo y el mar de la India dividen en dos partes desiguales; el Africa se estiende desde el Oeste al Este, paralelamente á la Europa y al Asia; en su estremidad meridional se encuentra el reino del Preste Juan, que concluye antes de tocar al ecuador. La

(41) El museo Borgia, en Valetti, poseía un mapa-mundi de cobre, de mediados del siglo XV, con algunas indicaciones históricas debajo de los nombres de los países. Por ejemplo: *Hic Tamuris Scitarum regina, Cyrum Persarum regem, cum militibus interfecit.—Hic uxores diligentes maritos se faciunt comburi.—Hic tot sunt homines magni, cornua habentes longitudine quatuor pedum, et sunt tot serpentes tante magnitudinis, quod bovem comedunt integrum.—Hic mulieres sine maritis partum faciunt.*

(42) ZURLA, el mapa-mundi de fray Mauro descrito é ilustrado. Venecia, 1806. Obra de poco valor.—Al trasladar este precioso monumento desde San Miguel de Murano al palacio ducal, se pudo hacer de él un exámen más detenido, y se encontró al dorso la siguiente inscripción: *este trabajo quedó concluido en 25 de agosto de 1460.* En él está trazada toda la tierra bajo la figura de un círculo ceñido por el mar. En el centro está Jerusalem; el Norte en su parte inferior, y el Sud en la parte superior. Toda la circunferencia está cubierta de dibujos, inscripciones y comentarios, que dan una muestra de los conocimientos históricos de aquella época.

figura del Asia no es menos errónea, y la de la Europa, no vale mucho más. Pero al norte de ésta se hallan marcadas la Islandia y la Frislandia, y al Noroeste otra isla, llamada *Stokafixa*, que probablemente es Terranova, en donde abunda el stokfish (bacalao). Lo más chocante es, que el occidente de las Canarias se ve una tierra que forma un cuadrilátero muy prolongado, indicado con el nombre de Antilla. Pudiera creerse que era una adición hecha á la carta después del descubrimiento de América, si no la encontrásemos en las cartas de Picignano de 1367. Quizá estas indicaciones no debieron sin duda su origen más que á las fábulas árabes y españolas, que refieren, que cuando la invasión de los sarracenos, muchos cristianos huyeron, y fueron á buscar asilo en una gran tierra situada al Occidente, en medio del mar. La isla de la *Mano de Satan*, que el mismo Bianco coloca al norte de la Antilla, debe contarse también en el número de las fábulas.

Zanetti asegura que desde el año 1317 señalaban los venecianos los grados de longitud y latitud en sus cartas marítimas. La introducción de éstas contribuyó en gran manera al perfeccionamiento del arte, pues como se requieren en ellas mayor exactitud que en las terrestres, se rectificaban inmediatamente los errores cometidos en su construcción. El célebre historiador Ebn-Caldun, que vivió desde el 1332 hasta

el 1406, habla como de cosa corriente en su época de los diseños de las costas del Mediterráneo en cartas llamadas *al-kambas*, en que estaban marcadas la dirección de los vientos para regularizar los viajes de los navegantes.

Se atribuye al infante don Enrique de Portugal, la primera academia náutica establecida en Sagrés, en los Algarbes, en 1415, y la invención de las cartas planas, cuando antes sólo se hacían de meridiano inclinado; más parece que en esto se le anticiparon los catalanes. Este pueblo, considerado como el más ilustrado de España, adquirió grande prosperidad cuando sus condes subieron al trono de Aragón y Jaime I quitó á los moros el reino de Valencia y la isla de Mallorca. Los catalanes tenían frecuentes relaciones con el África. A consecuencia de su romántica expedición al imperio de Oriente habían fundado en él numerosos establecimientos desde los que frecuentaban los puertos del mar Negro. Fundaron en Mallorca una escuela de matemáticas, y allí se encontró un mapa anterior al año 1375 (43), que es el segundo en antigüedad, y que sólo cede al Atlas geohidrográfico de la biblioteca de Viena, formado por Pedro Visconti de Génova en 1318.

(43) Véanse las adiciones de Huot, á la *Historia de la Geografía* de Malte-Brun, libro XIX.

CAPÍTULO II

EL COMERCIO ANTES DE LOS GRANDES DESCUBRIMIENTOS.

Las expediciones y descubrimientos tenían siempre por principal móvil el comercio, cuya historia forma el vínculo entre los tiempos antiguos y los modernos, da la clave de muchos acontecimientos políticos como también del acrecentamiento ó decadencia de ciertas naciones y cambios operados en su carácter; cambios que, de ambiciosas é inquietas que eran, las han hecho pacíficas é industriosas (1).

Hemos visto que desde los tiempos más remotos de que habla la historia, se iba á la India en busca del algodón, los diamantes, las especias y las más ricas telas, así como de la Arabia se extraían los perfumes, el marfil, las perlas, que eran llevadas por medio de caravanas á las capitales de los reinos más famosos ó á los puertos más concurridos. Desde muy temprano se empezaron también á aprovechar los mares y los ríos para establecer comunicaciones comerciales: á estos últimos debió la Mesopotamia su grande importancia, así como á su situación á orillas del mar debieron su riqueza y poderío la Fenicia, la Arabia y sucesivamente todos los demás países que forman las costas del Mediterráneo. Las muchas colonias fundadas por los griegos y por los cartagineses favorecían igualmente las comunicaciones entre los diferentes países, y el cambio recíproco de las mercancías. El afán de obtener productos extranjeros hizo emprender á los antiguos, según dejamos apuntado, viajes

mucho más largos que lo que podía esperarse de sus escasos medios de transporte y de la imperfección de sus instrumentos. Mientras la silla del Imperio estuvo en Roma, fué esta ciudad el mercado principal del mundo. El inmenso consumo de aromas y perfumes que se hacía en ella para el servicio de los templos y el placer de los ricos, así como de especias de todas clases, de perlas y piedras preciosas, de muebles de maderas exóticas, de tapices y adornos asiáticos y de millares de esclavos, atraía á los puertos de Italia naves del Euxino, del Asia Menor, de la Grecia, de la Siria, del Archipiélago, de la Libia y del Egipto. También el Norte enviaba allí sus pieles, su ámbar y sus maderas, con lo cual se acrecentó su comercio; y se abrieron por aquella parte nuevas factorías.

Con la decadencia de Roma cobró aliento Constantinopla. Esta ciudad, que estendiéndose su derecha hacía el Archipiélago, su izquierda por el Ponto Euxino hasta Palus Meótidas, con el Asia Menor enfrente y la Europa á su espalda, parece destinada á ser la metrópoli del comercio del mundo. Apenas se trasladó allí la sede del Imperio, cuando se convirtió en mercado central de las mercancías de Oriente; eran llevadas allí por el Egipto, y hasta los mismos bizantinos iban á buscarlas á la India, embarcándose en Aila, dando la vuelta al África, y ganando á Taprobana, Caliana y Malea. Traficaban en las costas de Persia en caballos, tejidos preciosos y sedas.

Este último género se sacaba del país de los seres, pueblos de la China (2) que habitaban según parece, en el Tibet, de costumbres pacíficas aunque incultas, y que evitaban en lo posible el trato con los extranjeros. Los persas se habían reserva-

(1) Véase HUOT, *Hist. del comercio*.
SAVARY, *Diccionario de comercio*.
G. B. DEPPING. — *Hist. del comercio entre Levante y la Europa, desde las cruzadas hasta la fundación de las colonias de América*. Paris 1830.
PARDESSUS, *Sobre el comercio marítimo*. Introducción á su *Colección de las leyes marítimas*.

(2) Véase tom. III, pág. 8.